

## Las mentiras de la ciencia

DAN AGIN

Manontroppo, Barcelona, 2009, 314 pp

ISBN: 978-84-96924-69-7

*Las mentiras de la ciencia* no es un libro dedicado a demostrar lo falsa que es la ciencia, sino que nos señala los fraudes, manipulaciones e interpretaciones incorrectas de lo que nos dicen los científicos. Así que su título original, *Junk Science*, me parece más acertado (Desperdicios de la ciencia). Además, el subtítulo del mismo, *¿Cómo nos engañan los políticos y las multinacionales?*, aunque sea cierto, me parece inapropiado, porque no se ajusta a los contenidos.

Del autor, Dan Agin, sabemos que es doctor en Psicología biológica, que ha sido un investigador en el mundo de la neurobiología, profesor de Genética molecular y Biología celular en la Universidad de Chicago y actual editor de *Science Week*.

La lectura del libro se orienta hacia los conceptos que, según su criterio, el autor nos define en las primeras páginas: la mala ciencia es utilizada como un concepto definido por las investigaciones en las que hay errores debidos, por ejemplo, a unas incorrectas interpretaciones de los resultados. Por otro lado, la ciencia basura es considerada como la ciencia corrupta (por descuido o desconocimiento) en relación con la objetividad y el método, esto es, una ciencia sin fundamento científico.

Después de una introducción breve podemos leer 18 capítulos agrupados en siete partes con alguna ligazón. En ellas se pasa revista a diversos asuntos por los que la ciencia se ha interesado y ha sido respondida por algunos grupos sociales. Así que en *Las mentiras de la ciencia* se nos muestran algunas manipulaciones científicas y características de la pseudociencia y los aspectos fundamentales de la ciencia en relación con la sociedad actual: tabaquismo, transgénicos, clonación, creacionismo, genes y conducta, etc. En resumen, se puede decir que, aunque podemos leer algunas referencias históricas de ciencia y científicos, el libro en cuestión encaja mejor en lo que constituye la sociología de la ciencia. Los 18 capítulos del libro dan paso a una bibliografía comentada, de gran calidad, en la que aparecen textos, revistas científicas, páginas web y autores muy solventes. Finalmente, hay un índice analítico.

En *Las mentiras de la ciencia* se leen frecuentemente frases tajantes que, de alguna manera, condensan el pensamiento del autor; así la crítica contra todos aquellos que se muestran reacios al progreso humano, que claman contra las plantas tóxicas, que vaticinan hecatombes planetarias y otras excentricidades se resume en : *Ha llegado el momento de plantar cara a esos grupos de bioluditas que apenas saben de qué están hablando y confiar en el trabajo de la comunidad científica... aunque sin bajar la guardia* (p. 80); cuando escribe sobre las medicinas alternativas: *El negocio de la salud es uno de los más lucrativos, especialmente cuando se trata de terapias alternativas* (p. 135); al referirse a grupos de activistas que se creen depositarios de la protección del medio ambiente: *Pese a sus buenas intenciones, muchos de sus miembros carecen de los rudimentos científicos necesarios para comprender ciertos fenómenos* (p. 165); al comentar las posturas de los contrarios al evolucionismo: *El creacionismo, llevado a las últimas consecuencias, implica acabar con todas las disciplinas científicas. Sin embargo, es muy poco probable que sus partidarios obren de mala fe* (p. 204); o, por último, en la relación prensa y ciencia se puede leer: *Sea como sea, la ciencia siempre ha supuesto un problema para los medios de comunicación. No sólo es aburrida, sino que además utiliza un lenguaje tan especializado que apenas se entiende* (p. 285).

En la obra aparecen las «aportaciones» de los pseudocientíficos y charlatanes que hacen lo posible por aparecer en cualquier «papel». Las increíbles afirmaciones de James Hughes en las que da por sentado que muy pronto será posible vivir indefi-

nidamente. Y de la misma forma que critica la verborrea de los charlatanes también es extraordinariamente censor de algunas de las afirmaciones que proceden del ámbito de los investigadores y que para Agin son falsas; dos de ellas, que razona convincentemente, son las siguientes: tarde o temprano una falsificación científica saldrá a la luz y las publicaciones manipuladas son poco habituales. Además, y para avisar al lector de que un científico puede ser muy sabio en algún aspecto del conocimiento y un bárbaro e ignorante en muchos otros, saca a relucir las intenciones del eminente endocrinólogo Dwight J. Ingle (al que califica, además, de persona de trato agradable y cortés) en las que reivindicó la esterilización masiva de la población de color residente en los Estados Unidos para evitar el «*debilitamiento*» de la cepa caucásica (p. 26). Claro que esta «idea» no fue desechada sino retomada por el premio Nobel William B. Shockley.

Asimismo, aparece el aspecto comercial de la ciencia cuando un médico, de alguna forma, obliga a sus pacientes a comprar un determinado fármaco. Y en este sentido se muestra especialmente crítico con los galenos cuyos viajes son abonados por las compañías farmacéuticas; esta acción, hablando de los Estados Unidos, puede abrir los ojos de algún lector que limite tal hecho a países de nuestro entorno o al nuestro. Cuenta un hecho personal: aceptó la invitación para copresidir una sesión de un congreso internacional de farmacología en Suiza. *El viaje y alojamiento corrían por cuenta de dos grandes compañías farmacéuticas. Al llegar, recibí un sobre con cinco billetes de cien dólares... Ése fue mi primer contacto con los muchos tentáculos del sector farmacéutico, el monstruo que controla la medicina de nuestros días* (p. 118).

También tiene el libro algún lugar para anécdotas como la de que, en 1869, el decano de la Facultad de Medicina de Harvard explicó que no se realizaban exámenes escritos *porque la mayor parte de los estudiantes no escribe demasiado bien* (p. 128).

En *Las mentiras de la ciencia* aparecen algunos aspectos de la historia de la ciencia. Tal es el caso ejemplar de los esposos Curie que rechazaron patentar el proceso que llevó al aislamiento del radio porque lo consideraban contrario al espíritu de la ciencia, lo que contrasta con la abundancia de patentes actuales; las descripciones de Plinio el Viejo sobre las muertes por envenenamiento de los esclavos que trabajaban en las minas de cinabrio; o el hecho de que Arrhenius, en 1896, publicara los primeros cálculos sobre el calentamiento global debido a las emisiones humanas de CO<sub>2</sub>.

Son controvertidas las afirmaciones del autor en relación con el embrión de una mujer, su humanidad y otras características, y aunque no es este el lugar para rebatir algunos de los argumentos aportados bastarán algunos apuntes para que el lector pueda sacar sus conclusiones. Para Dan Agin, el término embrión, técnicamente (*sic*) solo afecta a la etapa entre la segunda y la octava semana (p. 217), algo realmente controvertido en la medida que la mayor parte de los textos de embriología utilizan términos tales como embriones pre y postimplantatorios; y cuando escribe sobre seres humanos «en potencia» al referirse a las células del blastocisto (blastocito en el

libro) (p. 220) no se ajusta, que digamos, a una clara terminología científica sino que parece que quiere utilizar un recurso... aristotélico

Se han colado en el libro erratas inaceptables o graciosas. Entre las primeras leemos la transformación paradigmática de la conjunción «y» en «i»: *...hereditarias i la importancia...* (p. 23); un «aseguraba» escrito con «v» (p. 43); la *importancia muy menor* (p. 58) o un curioso plural: las *mujeres encintas* (p. 40). De entre las erratas graciosas descubrimos que el término bacilo está *tomado directamente del latón* (p. 180).

No parece apropiado hablar de la *catalización* (en lugar de catálisis) *del ácido ribonucleico en ribozima* (p. 38); esto último es terrible y un error, sin duda, debido a la traducción y edición. Tampoco es admisible en estos tiempos utilizar cal (p. 60 y otras) en vez de Kcal o CAL como se hacía mucho antes, y resulta descabellado hablar de especies transgénicas (p. 70) en lugar de individuos transgénicos; es incorrecto no escribir en cursiva los nombres de género como *Hypericum* (p. 130) o los de especie sin cursiva y sin mayúscula inicial como en *Ginkgo biloba* (p. 136). Es difícil entender frases como: *...tanto en el blastocito como en cualquier tejido no existe diferenciación celular* (p. 217) y resulta más o menos alarmante escribir que *tras varios miles de millones de años de existencia humana...* (p. 218).

En cualquier caso y a pesar de todo lo anterior, *Las mentiras de la ciencia* es un libro que se lee correctamente y que, en gran medida, contribuirá a que los lectores participen con el autor en el desprecio por los charlatanes de la ciencia y por aquellos que los amparan, sean estos titulados universitarios o no, empresas farmacéuticas, profesionales de la mentira, medios de comunicación, etc.

Francisco Teixidó Gómez